

# ALGUNOS RETOS TEÓRICOS DE LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA EN EL FIN DEL MILENIO

Florencia Peña Saint Martin

*Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología  
e Historia*

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo, como otros que formaron parte del simposio «Salud y sociedad. Retos teóricos y problemas prácticos», tiene como punto de partida la convicción de que en el proceso de investigación de los eventos «biológicos» que ocurren en el cuerpo de los seres humanos no sólo se toma una posición sobre el problema específico por indagar, sino que ésta conlleva, implícita o explícitamente, una postura ante la dinámica de la sociedad misma.<sup>1</sup> Es decir, se reconoce y se asume que todo proceso de investigación que tenga por objeto de estudio al cuerpo tiene detrás una concepción epistemológica específica sobre qué son los seres humanos, cuáles son los procesos que los determinan y qué fenómenos son importantes en el condicionamiento de su desarrollo.

A un nivel grande de generalización, puede decirse que el estudio del desarrollo «biológico» humano se ha abordado fundamentalmente a partir de tres perspectivas teóricas:

a) La primera, cuyas vertientes más reciente son la sociobiología y la biología molecular, asume que los seres humanos no son sino

<sup>1</sup> Las comillas en «biológicos» se deben a que, aunque teorizarlos así es práctica común en el discurso científico, es precisamente esta connotación la que pretende cuestionarse aquí, proponiendo que en última instancia son a la vez producto y expresión de las particularidades «naturales» de la especie, como de la sociedad y su dinámica.

parte de la biota y que, por tanto, pueden ser explicados con las mismas teorías y metodologías que el resto de los seres vivos, para lo que privilegia a la genética y la bioquímica. Utiliza al «método científico» como la única vía válida para realizar investigaciones, descomponiendo el todo, en este caso el cuerpo, en sus partes constituyentes: histológicas, morfológicas, anatómicas, bioquímicas, fisicoquímicas, fisiológicas, citológicas, genéticas, comportamentales, etcétera.

Por otro lado, la sociobiología sostiene que con estas mismas herramientas heurísticas se puede dar cuenta de la dinámica social, dado que ésta es sólo una expresión particular del comportamiento humano, el cual, según esta corriente, está genéticamente determinado (Wilson 1978).

Consecuente con esta posición, la biología molecular espera desentrañar el enigma de la «naturaleza humana» arrancando sus más íntimos secretos a los genes, a partir de los miles de dólares invertidos en el «Proyecto Genoma Humano». En esta gran empresa investigativa se pretende evitar generalizaciones indebidas y registrar, en cambio, la enorme diversidad de los genotipos existentes en la tierra, a través de su acotación «antropológica»: el «Proyecto Diversidad del Genoma Humano» (Cavalli-Sforza 1991).

Goodman y Armelagos (en prensa:12) han señalado acertadamente que los debates en torno a este último proyecto se han centrado en el número de individuos que deben ser incluidos en la muestra, en cómo deben ser seleccionados y en qué grupos (razas) deben ser considerados. En cambio, no se somete a discusión ni se cuestiona el pretender «explicar» la naturaleza humana solamente a partir de sus bases genéticas. Con ello se da pie para que explicaciones biológicas simples sigan validándose como «científicas», donde en última instancia los esfuerzos están puestos en «encontrar un gen responsable y seguir adelante con el siguiente problema de investigación» (*Ibidem*:10). Estos autores destacan que este tipo de análisis reduccionista, pero neutral y «libre de culpas sociales», se ha aplicado a prácticamente todos los problemas de interés para la antropología física, como «...por qué los niños negros son más pequeños y las mujeres negras más anémicas, la habilidad atlética, la homosexualidad, la criminalidad y la indigencia...» (*Ibidem*:10).

b) La segunda corriente es, sin lugar a dudas, la dominante en antropología física, biología humana y epidemiología, también tiene

sus raíces teóricas en las ciencias biológicas. Es decir, este modelo puede ser usado de manera indistinta para explicar las relaciones entre los seres vivos y su entorno, trátase o no de seres humanos. La propuesta toma en cuenta a las particularidades genéticas (genotipo) de los individuos de las diferentes especies y subespecies, pero incluye su interacción con su entorno exterior, al que conceptualiza como «medio ambiente», fuente interminable de todo tipo de presiones selectivas. Desde esta mirada, la interrelación del genotipo con dicho medio ambiente determina el fenotipo específico de cada individuo, expresado en características bioquímicas, morfológicas y funcionales, que juegan un papel fundamental en su «éxito» biológico como miembro de la especie, reflejado en supervivencia hasta la edad adulta y capacidad de reproducción.

Así, los individuos de la especie que sobreviven y tienen un mayor número de descendientes dejan una dotación importante de sus propios genes en el acervo genético de la siguiente generación (entre cada progenitor y sus hijos hay 50% de genes en común). Como los individuos biológicamente «exitosos» son producto de la selección de los fenotipos mejor adaptados a dicho medio ambiente, indirectamente se habrán seleccionado genotipos eficientes en él (por tanto, la variación génica de los individuos y los cambios espontáneos que constantemente ocurren en ella, las mutaciones, son esenciales en el proceso de selección). Este mecanismo modifica progresivamente el acervo genético de las especies, ocasionando el cambio evolutivo.<sup>2</sup> Así, las especies como entidades biológicas responden a las exigencias del medio ambiente a través de la evolución genética, mediada por la selección natural que, inadvertidamente, moldea la anatomía, la fisiología y el comportamiento de los organismos individuales (Wilson 1975:23). Por tanto, desde este punto de vista, reproducción, variación, mutación y selección son procesos fundamentales para que ocurra el cambio evolutivo.

<sup>2</sup> En biología existen otros modelos explicativos del cambio evolutivo, como el equilibrio puntuado o la teoría neutralista. Se han propuesto también nuevas perspectivas, como la incorporación de la complejidad, la recursividad y el caos, al estudio del cambio evolutivo. Sin embargo, el punto de vista que se desarrolla aquí sigue siendo el dominante para explicar la variabilidad humana y su impacto en las especificidades del desarrollo humano y los perfiles de salud-enfermedad.

Ahora bien, la mayoría de los investigadores que se adscriben a esta línea de análisis reconocen que:

El ambiente humano, además del clima y el ecosistema, incluye arreglos de moduladores de los genes tales como la cultura, la sociedad, el estilo de vida y la oportunidad... Para los seres humanos, las circunstancias ecológicas siempre han sido más complejas que para otras especies porque la tecnología humana y el comportamiento sociocultural han expandido la variación ambiental (Little 1995: 1-2).

No obstante este reconocimiento y estas acertadas puntualizaciones, en este tipo de esquemas explicativos la sociedad y su organización, las relaciones sociales, la construcción de subjetividades, quedan reducidas a elementos diversos del medio ambiente (disposición o no de agua potable, de drenaje, tipo de piso de la vivienda, presencia o ausencia de hacinamiento, alimentación adecuada o deficiente, etcétera) o a variables sociodemográficas (como ocupación, escolaridad y edad, sexo, lugar de nacimiento, lugar de residencia, orden de paridad, etcétera, del *propositus* o sus padres) cuyo origen no se cuestiona.

Así, los «medios ambientes» acaban por ser «naturalizados» e independientes de la acción de los seres humanos, de las relaciones sociales y las características de la cultura en que se encuentren inmersos, y de la dinámica macroestructural de la sociedad, aunque a partir de estos planteamientos se reconozca que los «medios» juegan un papel en la determinación de desarrollos físicos y perfiles de salud-enfermedad.

La adecuación de esta explicación teórica, basada en la teoría sintética de la evolución, al estudio específico de la salud-enfermedad tiene a sus representantes más acabados en Leavell y Clark (1965) con la postulación del modelo de la triada epidemiológica, el cual establece que la salud depende del equilibrio de tres elementos: el agente patógeno (hoy «modernizado» con la inclusión de los «estilos de vida» en el caso de las enfermedades crónico-degenerativas<sup>3</sup>), el

<sup>3</sup> Véanse, los comportamientos «riesgosos» que los individuos desarrollan, como son: el consumo de tabaco y/o alcohol, la ingesta de grasas saturadas, el control natal con píldoras anticonceptivas, vidas laborales llenas de tensiones y angustias, etcétera.

huésped y su susceptibilidad biológica y funcional, y el medio ambiente, compuesto por factores físicos, químicos, biológicos y sociales.

c) En la tercera perspectiva, que ciertamente no es la dominante y aún se debate entre encrucijadas teóricas y problemas metodológicos, el cuerpo humano es siempre parte constituyente de seres sociales existenciales, que son tales porque tienen una estructura morfológica y fisiológica que los dota de la capacidad de apropiarse y resignificar los códigos simbólicos de su cultura, construir con ellos su propia identidad y participar activamente de las relaciones sociales en las que nacen y permanecen inmersos.<sup>4</sup> Por ello, el cuerpo humano no tiene un desarrollo «biológico» autónomo a la vida social, sino que siendo el soporte material de la individualidad y esencial para la vida humana forma parte de sujetos concretos que necesariamente viven en sociedades específicas (Aisenson 1981: 9).

Además, como la subsistencia de los *homo sapiens* está signficada por la necesidad de procurarse sus propios medios de vida (base material) y, a la vez, pensar a la naturaleza, pensar sus relaciones con ella, pensar sus relaciones interpersonales y pensarse a sí mismos (orden simbólico), la vida en sociedad es mucho más que un simple elemento del «medio ambiente». Los cuerpos son cuerpos-persona con morfologías, fisiologías y psiques que tienen nombre, apellido y metas en la vida, que existen dentro de un tiempo, un espacio y forman parte constituyente de grupos sociales que los anteceden, los conforman como seres humanos y condicionan sus existencias.

Así, los cuerpos-persona tienen historia y sin considerar ésta difícilmente puede comprenderse el porqué de sus características físicas. Por si fuera poco, en los cuerpos-persona las vivencias corporales, psico-afectivas y las relaciones sociales que se establecen a lo largo de la trama de su existencia son interdependientes, se conjugan en una sola vida para formar al ser, aunque la tradición occidental de pensamiento, incluida por supuesto la ciencia, claramente disocia a la mente del cuerpo y, para investigarlas, las aísla entre sí y de la dinámica de la sociedad. Pero el individuo humano es una totalidad muy singular, que no se ajusta al modelo de ser

<sup>4</sup> «El individuo se caracteriza precisamente porque no sólo tiene la capacidad de construir su mundo, sino que sólo existe en la medida en que lo hace» (Schütz, citado en Bizberg 1989: 502).

resultado de una suma en equilibrio de facultades y funciones diversas (Aisenson 1981: 7).

Para esta tercera posición resulta fundamental el reconocimiento de que los diversos «medios ambientes» con que interactúan los seres humanos en gran parte son resultado no sólo de su acción sobre la naturaleza para extraer de él los bienes que se requieren para su subsistencia, sino de las formas concretas que adquiere la organización de dicha acción. Estas formas están conformadas por culturas y relaciones sociales que posicionan a cada individuo en un sistema simbólico, unas relaciones de parentesco, un grupo social, un lugar en el mercado laboral, que lo singularizan y le dan identidad como individuo y como sujeto social, miembro de una colectividad. Por tanto, cada cuerpo es vivido (Aisenson 1981), por una persona en un contexto identitario, cultural, emocional y social específico.

Para Paz (1996: 50), «somos criaturas hechas de tiempo» donde cada segundo se conjugan y entrelazan nuestra biología con la sociedad de la que somos parte para formar una naturaleza única: la naturaleza específicamente humana. Por ejemplo, como bien ha puntualizado Safa (1993: 68), conceptos simples y cotidianos, ampliamente utilizados dentro de la sociedad occidental, como es la edad de los sujetos, en realidad implican «[su] identificación [como] una forma de autoidentificación [que] supone la categoría de individuo como ser biológico al mismo tiempo que sujeto pensante» que participa de los códigos de una cultura que cuantifica convencionalmente, y nombra etapas específicas en el paso de los sujetos a lo largo de una trama que hemos denominado ciclo vital (cigoto, feto, neonato, infante, preescolar, escolar, preadolescente, adolescente, adulto joven, adulto, anciano).

Desde este punto de vista, las ventajas y las limitaciones que los cuerpos-persona encuentran a lo largo de dicho ciclo para el desarrollo óptimo de su potencial genético son producto de los particulares «medios ambientes» en los que ha transcurrido su existencia. Pero los «medios ambientes» son socialmente transformados y significados, sino es que totalmente producidos, como es el caso de las ciudades; además de ser, desde hace ya varios siglos, profundamente inequitativos. Hoy, unos «medios» carecen de agua mientras otros llenan albercas y riegan hectáreas de pasto, otros tienen piso de tierra cuando los hay recubiertos con terminados de varios miles de pesos

el metro cuadrado y, con el neoliberalismo tocando la cadencia a la que se mueve el mundo desde hace quince años, de manera acelerada, escandalosa y alarmante, estos «medios» son cada vez más polares y desiguales. Eduardo Galeano (1995) se aterra (y nos aterra al narrarlo) frente al hecho de que en el mundo contemporáneo la riqueza de los 100 hombres más ricos de la tierra sea equivalente a la de 1 500 millones de personas.

#### CONTUSIONES Y DISLOCACIONES EN EL ESTUDIO DE LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

En los setenta, desde la perspectiva marxista —paradigma dominante en las ciencias sociales latinoamericanas—, dos líneas de análisis principales se desarrollaron para aprehender la relación entre la dinámica social y el desarrollo físico humano, y su situación de «salud-enfermedad»: *a)* el estudio de la reproducción social en el capitalismo, la diferenciación social que conlleva a partir del lugar que ocupan los individuos en el proceso de producción de mercancías (pertenencia de clase) y las condiciones de vida que esta forma desigual de insertarse en la producción implica, con sus repercusiones en las maneras características de vivir, enfermar y morir (Breilh 1979), y *b)* la relación entre el proceso de trabajo fabril capitalista y los perfiles de enfermedad de los trabajadores (Laurell 1991). Desde finales de los ochenta se ha trabajado también la vinculación entre territorio-calidad de vida-problemas de salud, como una forma de elaborar un modelo que dé cuenta de la influencia del ámbito del consumo en los perfiles de salud, cuestión que no había sido suficientemente desarrollada en las dos propuestas anteriores (Blanco 1994, Breilh 1984).

Por tiempo y espacio, en esta presentación resulta imposible realizar un balance minucioso de las aportaciones y las limitaciones de cada una de estas tres vertientes. Sin embargo, considero importante retomar aquellos puntos neurálgicos que parecen aún no haberse resuelto completamente, para que se avance en la construcción de una corriente de pensamiento capaz de oponerse a la ideología neoliberal, individualista y ahistórica que hoy se impone.

## RETOS AL FIN DEL MILENIO

1. El estudio «científico» del desarrollo biológico humano (con sus estados de salud y enfermedad) se enfrenta con una dificultad de temporalidad hasta ahora metodológicamente insoslayable. En cualquiera de sus momentos, cada cuerpo-persona es una síntesis y un producto de toda su historia previa. Sin embargo, en su investigación, diacronía (la historia del cuerpo-persona) y sincronía (el punto en el tiempo en que se estudia alguna de sus particularidades) se conjugan en el mismo modelo en la búsqueda de asociaciones causales.

La práctica común en la investigación científica del cuerpo, que aun dentro de las corrientes críticas en los hechos se realiza sin el reconocimiento de que se trata de personas, es estudiar un proceso o característica «biológica» aislada, tomando un conjunto de datos antropométricos (con el máximo rigor positivista) y/o patológicos (cuyas bases nosológicas siguen ancladas en el individualismo, la mirada clínica y su resultado sistematizado: la clasificación internacional de enfermedades).<sup>5</sup> Además, se recaba información sobre los aspectos sociodemográficos y/o mesoambientales que se sospecha pueden ser útiles en las posibles explicaciones de lo que se quiere investigar. Posteriormente, se cuantifica el grado de asociación entre los dos tipos de fenómenos utilizando herramientas estadísticas. A partir de este ejercicio metodológico se establecen asociaciones causales entre dos grupos de fenómenos aparentemente sincrónicos y concomitantes.

Sin embargo, y para sólo citar un ejemplo, May *et al.* (1993) ha encontrado en restos óseos que los individuos que presentaban un mayor número de líneas de hipoplasia del esmalte, indicadores de estrés nutricional entre los 3.5 y los 7 años, habían muerto a edades más tempranas que quienes no mostraban huellas de haber sufrido malnutrición a esas edades, lo que denota una estrecha relación entre la nutrición en la infancia y la edad a la que ocurrió la muerte, dos hechos «biológicos» distantes entre sí.

<sup>5</sup> Córdova *et al.* (1989: 21) han llamado la atención sobre la necesidad de reflexionar alrededor del hecho que los *datos* son una elaboración de *hechos fácticos*. «La relación de estos *datos* elaborados e interpretados con los *hechos fácticos* es pues, una relación mediada que demanda, en sí misma, un estudio particular».



En este sentido, tiene relevancia la discusión metodológica que lleva a cabo Richard N. Adams (1988:1-5). Para este autor existen dos tipos distintos de explicaciones científicas: las proximales y las finales (ultimate).

Las explicaciones próximas describen relaciones entre un conjunto de condiciones también proximales y la consecuencia que sigue a la conjunción de tales condiciones. Este tipo de camino es el que se elige cuando se busca una «causa». Pero los eventos reales siempre siguen a una multiplicidad de condiciones que les anteceden y nunca son efecto de la presencia de un solo factor, sin embargo, una explicación proximal adecuada tiene que encontrar las condiciones que deben estar presentes para que algo pase.

Adams (1988: 3) reconoce que la búsqueda de determinantes ha caracterizado a la actividad científica misma y que no hay nada tan aceptado como una explicación satisfactoria, aunque sea altamente determinista. Señala también que algunas situaciones son tan complejas, están compuestas de tantos elementos interrelacionados de manera no lineal que resulta imposible tener conocimientos adecuados de todas las condiciones relevantes y, por tanto, puede resultar imposible obtener buenos modelos proximales (o que sólo sea posible encontrar asociaciones parciales). Asimismo, indica que hay procesos que están compuestos de ensamblajes impredecibles, frecuentemente caracterizados por un amplio rango de consecuencias posibles, y no una clara relación de causa-efecto.

En biología se acepta que las explicaciones finales del proceso evolutivo giran alrededor de los mecanismos que a lo largo de enormes periodos provocan el cambio evolutivo de las especies (que, como ya se dijo, involucran variación génica, mutaciones, presiones selectivas y reproducción), mientras las explicaciones proximales se centran en las características anatómicas, fisiológicas y comportamentales de los individuos de la especie (Wilson, citado en Adams 1988: 2).

Sobre la base de esta discusión, es posible aventurar la necesidad de tener presente que las explicaciones finales en torno a la constitución «biológica» de seres humanos probablemente se encuentren en el complejo proceso de convertirse en personas y, simultáneamente, en miembros de una cultura y parte de la humanidad, cuestión que si bien se ha abordado en otras disciplinas (por ejemplo, filosofía, Biz-

berg 1989; antropología social, Rionda 1993), aún no forma parte de las preocupaciones académicas de quienes investigan los procesos que ocurren dentro del cuerpo humano. Por ejemplo, se habla de la existencia de un núcleo de necesidades básicas, cuya ausencia es incompatible con la vida humana, como es comer, beber, respirar; pero se omite de la lista construir una identidad como individuo, como parte integrante de sistema de parentesco y de un grupo social. Y sin embargo, en los seres humanos ello es una precondition indispensable para poder satisfacer las «necesidades básicas» que siempre se enfatizan. En este sentido tiene relevancia tomar en cuenta que todo cuerpo-persona enfrenta simultáneamente un tiempo histórico, un tiempo familiar y un tiempo individual (Hareven 1978), a la vez estructurados colectivamente y estructurantes de las individualidades.

Es decir, cuando decidamos usarlas, debemos tener claro que las asociaciones estadísticas entre tallas, pesos, edades y alimentaciones, enfermedades y condiciones de vida, patologías laborales y procesos de trabajo, etcétera, únicamente forman parte del ámbito de las explicaciones proximales.

2. En la relación entre el trabajo y la salud, el énfasis fundamental ha sido puesto en el estudio del ámbito fabril, el sitio donde se concreta la relación entre el capital y el trabajo, y tiene lugar la explotación de los obreros y la producción de plusvalor, según la teoría marxista. Existe una amplia trayectoria de investigación en esta línea, tanto desde la perspectiva tradicional de la «medicina del trabajo», como desde su versión crítica, la «salud en el trabajo»; dentro de esta última ya se ha construido un desarrollo teórico y metodológico para la investigación de dicha relación (Laurell *et al.* 1991).

Sin embargo, otros ámbitos laborales donde la separación entre el sitio de trabajo y la vida familiar y personal no es tajante, o no se da una clara relación de explotación a través de la compra-venta de fuerza de trabajo, no han sido objeto de desarrollos teóricos y metodológicos. Esta situación es grave desde la perspectiva mexicana, pues si bien el empleo en el sector secundario de la economía fue, y es, importante y tuvo un crecimiento constante y significativo por varias décadas (aquellas en que se vivió el sueño de que la industrialización era la vía idónea para sacarnos del «subdesarrollo»), esta actividad productiva nunca tuvo el primer lugar como ocupante de mano de obra en el país.

Por tanto, esta perspectiva de análisis ha dejado de lado el desarrollo de teorías y metodologías que den cuenta de la relevancia del estudio de la distribución y los determinantes de la relación trabajo-salud de los miembros de las comunidades campesinas e indígenas, la del gran número de subempleados que conforman el «sector informal», en plena expansión y muy dinámico; la de la población económicamente inactiva: jóvenes estudiantes, amas de casa y desempleados, cuando estos últimos constituyen y siempre han constituido la mayoría de la población.

Aún más, el arribo de la sociedad «posindustrial» globalizada, con su hipertrofiado sector servicios y sus *headquarters* en Tokio, Londres o Atlanta, con redes electrónicas que se extienden por todo el mundo, articulándose con naciones al borde del colapso económico donde aumenta el desempleo, los salarios se contraen, el sector informal crece exponencialmente, exige el desarrollo de nuevos enfoques y nuevas metodologías de investigación.

Es necesario destacar también que el impacto negativo del trabajo en la salud de los obreros ha sido el enfoque predominante. Esto es así porque el trabajo fabril se ha asumido como actividad tediosa extenuante y desgastante, sin dar cuenta de su significado simbólico para los mismos obreros. El trabajo tiene el potencial de ser fuente de orgullo y realización personal, ámbito donde se establecen relaciones sociales solidarias y eje directriz en el que las vidas cobran sentido, sobre todo en época de crisis económica y en la dinámica urbana, donde la sobrevivencia se encuentra monetarizada. Además, el empleo hoy, en contraste con la angustia del desempleo, debe ser fuente inagotable en la construcción de subjetividades inéditas entre los trabajadores. Por tanto, la actividad laboral puede jugar un papel positivo o negativo en la salud y en la estabilidad emocional.

3. Quienes nos hemos propuesto rescatar la relación entre la salud y la dinámica social hemos sido proclives a los determinismos societarios. Frecuentemente dejamos de lado la investigación de la acción de los sujetos estudiados; así, éstos aparecen como movidos por fuerza macroestructurales invisibles, ajenas.

Al considerar como «variables independientes» diversos aspectos de la macroeconomía (la pertenencia de clase, la actividad laboral, las características del espacio territorial), se contribuye a sentar las

bases para la investigación de procesos de salud-enfermedad, sin sujetos actuantes que los sufren. Además, se obvia también el análisis de las instituciones «mediadoras» (como el grupo doméstico y la cultura) entre los sujetos cuya salud se investiga y las fuerzas económicas «macro». Con este ejercicio metodológico se termina por aislar a los individuos cuya salud se estudia de sus relaciones sociales particulares inmediatas.

En este sentido, cobra una enorme importancia el reconocimiento que hace Samaja (1994) del «surgimiento» del individuo:

el punto de partida de las sociedades humanas fue la preexistencia de agrupamientos espacio-poblacionales comunitarios... que se fueron desacoplando a lo largo de milenios como resultado de la crisis de la propiedad comunal, el progreso de la división del trabajo social y el desarrollo del intercambio... Esta fractura de la comunidad primitiva, no fue sólo la crisis de un cierto tipo de vínculo, sino la condición del surgimiento de otro tipo de vínculo que se constituyó a partir de aquél y al que necesitaba suprimir, conservar y superar como su propia condición de surgimiento: el vínculo societal o de contractualidad interindividual...

Si bien es posible considerar que el individuo orgánico es anterior a las formaciones biosociales, lo cierto es que estas formaciones y su prolongado desarrollo histórico desde las fases de las hordas a las comunidades primitivas, son muy anterior (si cabe hablar así) al individuo humano (es decir, a esa «construcción de sociedad civil»)...

Las familias, las etnias, las barriadas, las colectividades religiosas, las corporaciones profesionales... todo lo que constituía un componente esencial de la estructura social, cede su lugar ante la supremacía del «individuo-elemento» y el «universo-agregado»...

Entonces, el individuo como tal, desarticulado de sus relaciones sociales, es un espejismo, una apariencia fantasmal que las corrientes críticas deben estar alertas a no funcionalizar. En el estudio de la salud, esa condición social de individuo inmerso en relaciones sociales—que, sin embargo, aparece aislado, perdido en el anonimato de un contexto donde se condena el serlo y se sublima la notoriedad, donde el vacío existencial que esto conlleva es llenado con macrovalores capitalistas, como son el consumismo y el hedonismo—debe ser motivo de investigación exhaustiva,

Con harta frecuencia, las personas se ven hoy como individuos aislados, totalmente independientes de los demás. Perseguir los intereses propios,

entendidos aisladamente, parece por tanto lo más sensato que puede hacerse. Se presenta, entonces, como la principal tarea de la vida la búsqueda de una especie de sentido para uno solo, un sentido que es independiente de los demás. «Nada tiene de particular que en la búsqueda de ese sentido, a la gente le parezca absurda su existencia» (Cajas 1996: 48).

Y que en más de un momento de sus vidas los atrape esa terrible sensación de soledad:

4. Ahora bien, desde la postura que reconoce la importancia de la dinámica social para comprender el desarrollo «biológico» humano, existe pleno convencimiento del impacto negativo de las políticas económicas y sociales neoliberales en las condiciones de vida y, como consecuencia, en la salud. Las medidas emprendidas por Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, supuestamente para reactivar la economía, han partido del argumento de que una de las causas principales de la crisis fueron las relaciones viciadas entre el Estado y la sociedad civil. Desde esta óptica, pareciera que un aparato burocrático enorme e ineficiente; el gasto excesivo del Estado a través de las industrias paraestatales y el subsidio a bienes y servicios, que caracterizaron al Estado de bienestar durante el periodo económico de «crecimiento hacia dentro», fueron los causantes fundamentales de la crisis.

Así, se obvia situarlos en las relaciones de dependencia estructural de México con los países centrales, principalmente Estados Unidos, en créditos, inversiones y tecnología, en el endeudamiento creciente y el aumento de las tasas de interés internacionales, en el intercambio desigual que se establece a través de las condiciones desventajosas en que el país se inserta en la división internacional del trabajo y, sobre todo, en la estructura de la producción, de manera particular en lo que respecta a los medios de producción, que hicieron depender deficitariamente la dinámica interna de la acumulación al comportamiento de las importaciones.

Acorde con la postura oficial esbozada líneas arriba sobre los causas fundamentales de la crisis, no es de extrañar que en el ajuste estructural que durante el transcurso de los últimos tres sexenios se ha realizado<sup>6</sup> se pretendan redefinir los compromisos del Estado con la sociedad civil para «corregir los vicios» de la economía. Con ello

<sup>6</sup> De corte neoliberal, «liberalismo social mexicano» es el nombre oficial de la política del presidente Salinas.

se enmascara el hecho de que se ha sacrificado a la población trabajadora, orillándola a la pobreza y a la «pobreza extrema», supuestamente para lograr crecimiento económico tangible en cifras, bajar la inflación y asegurar el pago de deuda, mientras paralelamente se ha favorecido a unos pocos inversionistas privados, fomentado la concentración de grandes capitales en pocas manos.

La modernización en México, consecuencia de su plena integración a la competencia económica internacional, ha tenido como eje la destrucción de las instituciones y los espacios tradicionales de relación entre el Estado y la sociedad: sindicatos, organizaciones gremiales, partidos, universidades. Este desmantelamiento se ha hecho en favor de empresas transnacionales asociadas a cúpulas del poder político estatal en medio de la pauperización de siete de cada diez mexicanos (Zermeño 1996).

Por supuesto que la población mexicana, como individuos, familias y/u organizada a partir de inserciones laborales o como sociedad civil, no ha sido víctima pasiva de estas tendencias. Huelgas de hambre, marchas y plantones frente a dependencias gubernamentales han pasado a formar parte de la dinámica diaria en diversas ciudades, principalmente el D.F., con sectores diversos de trabajadores, campesinos, deudores de la banca, jubilados, que exigen solución a sus demandas.

Sin embargo, de manera destacada, para sortear el impacto negativo de la crisis y el ajuste estructural que ha polarizado la estratificación de la población,<sup>7</sup> los hogares mexicanos han llevado a cabo diversas estrategias para sortear dicho impacto y las políticas de ajuste sobre sus vidas y sus economías; en el contexto urbano, entre las más importantes: han incorporado al mayor número de miembros posibles a actividades generadoras de ingresos (Duarte 1988, González 1988), se han «extendido» para compartir gastos, trabajo doméstico y aumentar el número de miembros asalariados (Duarte 1988, González 1988), y han intensificado el trabajo doméstico para producir bienes y servicios que antes se adquirían en el mercado (De Barbieri y De Oliveira 1987).

Por tanto, desde mi punto de vista, el análisis de los grupos domésticos en el contexto de la crisis debe constituirse en una vía

<sup>7</sup> Con trece familias mexicanas multimillonarias al punto de figurar en listas mundiales y 60% de la población en la miseria (*La Jornada* 1-VII-93).

válida para la investigación de las condiciones de salud. El análisis del grupo doméstico tiene el potencial de recuperar la acción de los sujetos en la defensa de sus condiciones de vida. Además, en el ámbito de las unidades domésticas es posible dar cuenta del impacto diferencial que las políticas de ajuste han tenido sobre sus diferentes miembros. Esto es así porque la dinámica doméstica es capaz de recuperar la división interna del trabajo, tanto doméstico como asalariado; el manejo, control y distribución de los recursos; los patrones de autoridad, estrechamente ligados a la construcción de identidades, que son la base para la elaboración de proyectos individuales y «familiares», según la generación, la posición en el grupo (de acuerdo con el sistema de parentesco) y el género. Así, el grupo doméstico es una entidad mediadora muy importante en el contexto cultural latinoamericano, entre los individuos y la sociedad, sobre todo a partir del desarrollo de las políticas de ajuste estructural.

La sociedad civil —un complejo conjunto de instituciones intermedias, que incluyen negocios, asociaciones voluntarias, instituciones educativas, clubes, sindicatos, medios de comunicación, organizaciones y grupos de caridad, iglesias, asociaciones profesionales y muchas otras— se construye sobre la familia, que es el instrumento primario de socialización, de introducción a la cultura y de capacitación para vivir en la sociedad amplia... (Fukuyama, entrevistado por Maza 1996).

Además, el estudio de la unidad doméstica es particularmente importante si se trata de estudiar el desarrollo «biológico» humano en la infancia y la adolescencia, esos años cruciales de la vida en que se es extremadamente vulnerable y dependiente de la familia. Es también el espacio donde se toman las decisiones en materia de salud, donde se cuida y atiende a los enfermos, a los niños y a los ancianos; donde se compran, procesan y se distribuyen los alimentos; por tanto, es un ámbito apropiado para recuperar la investigación de la dimensión simbólica del trabajo, la pareja, la sexualidad y la reproducción, de los hijos, las expectativas personales; todo lo cual termina por impactar la salud de sus diferentes integrantes, aunque de manera desigual.

En nuestro país es fundamentalmente el parentesco la base para la formación de grupos domésticos, la familia es aún una parte esencial de todo mexicano. Sin dejar de reconocer que en los grupos

domésticos puede existir tensiones que incluso se expresan en violencia contra mujeres y niños, la familia y su solidaridad interna han jugado un papel importante en paliar el impacto de la crisis, prácticamente se ha convertido en estrategia de sobrevivencia.

Los grupos domésticos llevan a cabo tácticas económicas para su reproducción, pero son fundamentalmente espacios de relaciones personales que se viven diariamente y juegan un papel importante en la estructuración de identidades y prácticas diversas, incluidas las de salud. Por tanto, constituyen un escenario en espera de ser incorporado en su investigación.

### RESUMEN

Este trabajo realiza un balance de las principales perspectivas teóricas con que se ha investigado el desarrollo biológico humano. A partir de un breve recuento de aquellas líneas de análisis que se han propuesto para abordar la relación entre dicho desarrollo y la dinámica social, señala algunos problemas teóricos que no han sido tomados en cuenta o no se han resuelto y deben ser considerados en las postrimerías de este milenio.

PALABRAS CLAVE: epistemología, salud-enfermedad, unidad doméstica.

### ABSTRACT

This paper presents a balance among the main theoretical perspectives for the study of human development. We review the lines of analysis that have been undertaken to understand the relationship between development and social dynamics, and show some of the problems that have not been taken in account at the end of the millenium.

### REFERENCIAS

ADAMS, N. R.

1988 *The eight day. Social evolution as the self-organization of energy*, University of Texas Press, Austin, Texas.

AISENSON, A.

1981 *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*, Fondo de Cultura Económica, México.



- BARBIERI, T. DE Y O. DE OLIVEIRA  
 1987 *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*, Ediciones Populares Feministas, Santo Domingo, República Dominicana.
- BIZBERG, I.  
 1989 Individuo, identidad y sujeto, *Estudios Sociológicos*, 7(21): 485-518.
- BLANCO, J. Y O. SÁENZ  
 1994 *Espacio urbano y salud*, Universidad de Guadalajara, México.
- BREIHL, J.  
 1979 *Epidemiología, medicina, salud y política*, Fontamara, México.  
 1984 *Ciudad y muerte infantil. Investigación sobre el deterioro de la salud en el capitalismo atrasado*, Centro de Estudios y Asesoría en Salud, Quito, Ecuador.
- CAJAS, J.  
 1996 Los orígenes sociales de la incertidumbre: cultura, drogas y narcotráfico en Nueva York, borrador de tesis de doctorado en antropología, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- CAVALLI-SFORZA, L.  
 1991 Genes, peoples and languages, *Scientific American* (noviembre): 104-110.
- CÓRDOVA, A., G. LEAL Y C. MARTÍNEZ  
 1989 *El ingreso y el daño. Políticas de salud en los ochenta*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- DUARTE, I.  
 1988 Crisis, familia y participación laboral de la mujer en República Dominicana, ponencia presentada en el Congreso «Demografía de la Desigualdad en América Latina», Universidad de Florida, febrero 21-24.
- GALEANO, E.  
 1995 Escuela del crimen, Conferencia presentada en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- GONZÁLEZ, M.  
 1988 *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Centro de Estudios en Etnología y Antropología Social y Secretaría de Programación y Presupuesto, México.
- GOODMAN, A. Y G. ARMELAGOS  
 en prensa The resurrection of race: The concept of race in Physical Anthropology in the 1990s, en L.T. Reynolds y L. Lieberman (eds.), *Race and other miscalculations, misconceptions and mismeasures: Papers in honor of Ashley Montagu*, General Hall Publishers, Dix Hill, New York.

HAREVEN, T.

1978 *Transitions. The family and the life course in historical perspective*, Academic Press, New York.

LAURELL, C.

1991 Para el estudio de la salud en su relación con el proceso de producción, *Debates en medicina social*, ALAMES, OPS, Quito, Ecuador.

LAURELL, C. M. NORIEGA, O. LÓPEZ Y V. RÍOS

1991 El trabajo como determinante de la enfermedad, *Cuadernos Médico-Sociales*, 56:17-33.

LEAVELL, H. Y E. CLARK

1965 *Preventive medicine for the doctor and his community*, McGraw-Hill, New York.

LITTLE, M.

1995 Methodological aspects of human ecology, ponencia presentada en el VIII Coloquio de Antropología Física «Juan Comas», México.

MAY, R. L., A. H. GOODMAN Y R. S. MEINDL

1993 Response of bone and enamel formation to nutritional supplementation and morbidity among malnourished Guatemalan children, *American Journal of Physical Anthropology*, 92: 37-51.

MAZA, E.

1996 Sólo las sociedades con alto grado de confianza social triunfarán en la lucha por la preponderancia económica. En *Trust*, su nuevo libro, Francis Fukuyama desdeña a países con ética católica, *Proceso*, 1016: 49-51.

PAZ, O.

1996 Entrevista de Olga Connor a Octavio Paz, *Proceso*, 1015.

RIONDA, L. M.

1993 El hombre y lo humano: el problema de la intersección del individuo y la colectividad en las ciencias sociales y la antropología contemporánea, *Iztapalapa*, 30:11-26.

SAFA, P.

1993 Una reflexión sobre individualismo y colectividad a partir del concepto tiempo, *Iztapalapa*, 30:67-76.

SAMAJA, J.

1994 Vigilancia epidemiológica de los ambientes en que se desarrollan los procesos de la reproducción social, ponencia presentada en el VI Congreso Latinoamericano de Medicina Social y el VIII Congreso Mundial de Medicina Social, Guadalajara, Jalisco, marzo.

WILSON, E. O.

1975 *Sociobiology: The new synthesis*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

1978 *On human nature*, Bantam Books Inc., New York.

ZERMEÑO, S.

1996 La derrota de la sociedad. Modernización y modernidad en el México norteamericano, *La Jornada Semanal*, 27 de junio.

